



AMOR DIVINO AMOR PROFANO

*Dos mujeres
Dos maneras de amar en la Edad Media*

Sandra Ferrer Valero

En la Edad Media, dos mujeres buscaron el amor de manera muy distintas. Una lo encontró en el amor divina, la otra sufrió por amar a un hombre en un mundo oscuro y opresivo para las mujeres. Esta novela recupera la historia de Santa Clara de Asís y Bona di Guelfuccio. En el año del señor de 1212, una muchacha de Asís decidía huir del destino dictado por su familia. Sus designios eran más elevados. Su huida marcaría su vida y la de todos aquellos que la conocieron. También la de cientos mujeres y hombres en siglos posteriores. En el proceso de canonización de Santa Clara de Asís, muchas jóvenes que la siguieron en su camino de renuncia fueron testigos de su vida milagrosa. Pero la única muchacha que no traspasó los muros de San Damián fue precisamente la que ayudó a la entonces Clara di Offreduccio a conseguir su gran objetivo. Esta es la historia de dos mujeres que siguieron caminos distintos. Ambas buscaban lo mismo, alcanzar el amor.

A Cristóbal. Por enseñarme a amar.

1. Introducción

El amor que no puede sufrir no es digno de ese nombre.

Atribuido a Santa Clara de Asís (1194-1253)

Monasterio de San Damián, invierno de 1236

La campana de San Damián, vieja y oxidada, resonó en la fría mañana. Cuando sor Felipa, la monja tornera, se acercó a la puerta que separaba su mundo del exterior se sorprendió al oír aquella voz dulce. No era una de las muchas gentes de la comarca que venían a dejar sus donativos a cambio de algún milagro. La muchacha quería hablar con sor Clara, la madre superiora. ¿Por qué debía molestar a la Madre? Preguntó con dulzura sor Felipa, demasiado acostumbrada a escuchar aquella súplica desde el otro lado del muro. Preparada como estaba para dar la misma respuesta de siempre, nuestra Madre se encuentra en retiro o descansando o demasiado exhausta para recibir a nadie (no se preocupe que rezará por todos ustedes), la joven respondió con decisión, cambiando de repente el tono de voz. Tenía un mensaje urgente, importante, para sor Clara y no podía esperar. No se iría de allí hasta habérselo dado en persona.

No supo cómo pero sor Felipa se encontró, por primera vez en mucho tiempo, sin argumentos para frenar la voluntad de la muchacha que permanecía al otro lado con tono decidido.

—Me estoy helando, hermana, tenga piedad de una pobre alma que necesita transmitir una última voluntad a sor Clara. Había dicho la muchacha. Y, a pesar de que sor Felipa sabía a ciencia cierta que dentro de San Damián no apaciguaría los temblores del cuerpo, abrió la pesada puerta que se encontraba junto al torno. Mientras abría aquella ruda lámina de madera carcomida miró de reojo a la joven. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que ella misma había vestido cómo una mujer, como aquella que la miraba con impaciencia? ¿Cuánto había pasado desde que Felipa se había alejado del mundo siguiendo la luz de Clara? Demasiado. O quizá no tanto...

Segundos antes de que el mundo de sor Clara y sus hermanas abriera por unos momentos su puerta al siglo, la joven se giró y miró al final del camino. Allí esperaba un hombre cuya silueta parecía la de alguien cansado y agotado. No sabía si podría verla, pero aun así, ella le dedicó una sonrisa que se perdió en la bruma de la mañana. Y entró en San Damián.

—Disculpe Madre. —Con susurrante voz, casi inaudible, sor Inés intentó llamar la atención de la Madre Clara. Algo que no era tarea fácil cuando la abadesa del convento de San Damián, a la que todas llamaban madre, y no abadesa, pues nunca quiso ostentar cargo mundano alguno, se encontraba sumergida en sus oraciones. Como si se encontrara bajo del agua, la Madre Clara sentía las voces del mundo ahogadas y huecas. Parecía una estatua imperturbable si no fuera por el ligero y débil movimiento en su pecho al respirar.

Sor Inés levantó la vista de la Madre Clara y miró con cierto nerviosismo hacia la puerta de la pequeña y destartada capilla pensando en aquella joven que acababa de llegar desde Asís con la firme intención de hablar con la Madre Clara. No he podido persuadirla para que se marchara, se había justificado sor Felipa, quien tenía la consigna, co-

mo hermana tornera, de limitar las visitas del exterior a San Damián.

Todo el mundo sabía en la pequeña ciudad de Umbría que Clara, aquella mujer tenaz y decidida, había abandonado el siglo para no volver nunca más a él y sin la más mínima intención de conocer ninguna noticia del mismo. Y aun así, la muchacha que se había plantado en la puerta del convento tenía la determinante intención de no marchar sin hablar antes con la madre de las Damas Pobres. ¿No sabían que a Clara no le importaba nada el mundo? ¿Por qué venían a molestarla?

Constante era el peregrinar de hombres y mujeres que depositaban en el torno de sor Felipa regalos para las hermanas, comida, ropa, utensilios, a cambio de alguna ayuda milagrosa. La Madre Clara se conocía en Asís por haber realizado algún milagro, desde aquellos que aseguraban que sanaba a los enfermos hasta su gran gesta al expulsar a los sarracenos de los muros de la ciudad alzando con su mano el Santísimo Sacramento ante los ojos del infiel. Por eso todos querían acercarse a ella, aunque fuera con presentes que sabían de antemano que volverían al mundo, pues en San Damián la pobreza era la máxima que regía su día a día. Solamente se quedaban con lo estrictamente necesario para sobrevivir y la Madre Clara hacía lo que podía con sus sinceros y constantes rezos poniendo a prueba su cansado cuerpo, que ya había vivido más de cuatro décadas de sufrimiento involuntario e infligido por su propia fe.

Sor Inés seguía esperando junto a la que fuera en otro tiempo su hermana mayor en el hogar en el que nació en Asís. Ahora era su Madre espiritual, quien la había guiado por los senderos de la fe y la había ayudado a alejar de su persona todo atisbo de actitud mundana. Algo difícil para sor Inés, quien había seguido a su hermana a San Damián más por amor a su persona que por una profunda devoción, a pesar de rezar día a día para hacerse digna de formar parte de las Damas Pobres.

Lo que no había podido dejar tras los muros de San Damián era aquella curiosidad que impregnaba su rostro de ratoncito husmeando en la existencia de los demás. Poco había que descubrir en el monasterio, mucho menos de lo que observaba en las puertas medio cerradas de su palacio en Asís, cuando era una hermosa muchacha ávida de comerse el mundo. Aun así, siempre la curiosidad hacía que sor Inés encontrara algo que la mantuviera ansiosa y vigilante. En aquel momento, la misteriosa identidad de la joven que esperaba en el locutorio era más de lo que podía pedir en sus monótonos días de rezos, trabajos en el reseco huerto o alimentando a las escuálidas gallinas.

Sor Inés miraba a su hermana y a la puerta de la capilla con aquellos ojos oscuros, penetrantes, llenos de vida que siempre habían iluminado su bello rostro, incluso ahora que lo enmarcaba un velo áspero e hirsuto al que mucho tiempo, demasiado, tardó en acostumbrarse.

—Madre, perdonad pero... —Sor Inés intentó modificar la fórmula de la petición y elevar levemente el tono de su voz, pero tampoco surtió efecto alguno en la Madre Clara. Sabía que hasta que no terminara su profundo diálogo con Dios, ni un terremoto la perturbaría.

Silencio. Seguía el silencio de la oración de la Madre Clara y seguían las miradas hacia un lado y otro de sor Inés.

Silencio. Un silencio roto tan solo por las gotas que caían en un rítmico orden del techo lleno de humedad y que formaban charcos impertérritos en la capilla, contribuyendo al gélido frío de invierno y el sofocante calor del verano. ¿Cuándo vendría *messer* Mateo a arreglar por fin aquel maltrecho tejado? Desde que el pueblo campesino, los labriegos, los artesanos, se habían rebelado ya nada había ido bien. Y de eso hacían ya unos cuantos años. El orgullo aristocrático de la que un día fue bautizada como Catalina, pero resucitó como sor Inés, no había desaparecido al vestirse la toca de religiosa. Era un pecado de orgullo que no podría desterrar de su corazón. El linaje de su fami-

lia, los Favarone, se hundía en las profundidades de la historia y nunca había perdonado ni posiblemente perdonaría a aquellos estamentos inferiores que habían querido para ellos lo mismo que los grandes nobles de las ciudades. Y habían sacrificado a su padre en el camino... Luchaba a menudo contra el pecado de la soberbia mirándose en el espejo de quien un día fue su hermana mayor, quien no albergaba en su corazón ningún odio ni rencor posibles. Pero sor Inés sabía que, a pesar de que su entrada en religión había sido milagrosa, tenía que trabajar mucho sus rezos y penitencias para conseguir estar a la altura de muchas de las hermanas pobres de San Damián. Curiosidad, soberbia, y algún que otro defectillo hacían de aquella graciosa jovencita una monja difícil de corregir.

El rítmico tintineo de las gotas despertó de nuevo sus sentimientos mundanos. Messer Mateo se cree vaya usted a saber quién desde que tiene voz en esa comuna de Asís. Los pensamientos de sor Inés no descansaban mientras miraba con hastío el manchurrón de humedad en el techo de la iglesia.

La Madre Clara seguía con sus rezos. Sor Inés volvió a mirar hacia la puerta. Se apiadó de la pobre jovencita, quien a buen seguro estaría helándose en el locutorio. O quizás habría desistido y se habría marchado, dejándola a ella y su curiosidad totalmente insatisfechas. Sor Inés tenía la extraña sensación de que aquella mujer no había venido a pedir un milagro o la bendición de la que ya muchos consideraban la santa de Asís.

Pero continuaba el silencio. Y las gotas seguían cayendo. Tac, tac, tac. La Madre Clara parecía una figura del fresco que ahora contemplaba. Detrás del altar de San Damián, desde mucho antes que Francisco y sus primeros hermanos levantaran de nuevo sus muros en ruinas, la imagen del santo fundador de Asís, San Rufino, había sido pintada al lado de San Damián y la Virgen María. Si miraba a Clara desde un ángulo concreto parecía una figura más. Como si

su ser hubiera permanecido en aquel mundo desde mucho antes de nacer. Sor Inés entretuvo su inquietud contemplando los rostros de los santos protagonistas de un fresco cada vez menos nítido. ¿Quién los habría pintado? ¿Alguien como *messer Mateo*? Seguro que no. Si fuera así era más que probable que aún estaría por la primera capa de enyesado. Sor Inés esbozó una ligera sonrisa ante la gracia que ella misma se había hecho. Pobre *messer Mateo*, si supiera lo que pensaba de él realmente siempre que llegaba a San Damián y era ella la que lo recibía con palabras amables cuando lo que de verdad querría era reprenderle como a un sirviente de su antiguo hogar.

No. Seguro que aquella preciosa obra de arte la había pintado un ser mucho más sensible que *messer Mateo*. Alguien del que nunca se sabría su nombre. Solamente su obra preciosa quedaría para siempre como testigo de la gracia de su mano y su pincel... bueno, para siempre o hasta que la fastidiosa humedad terminara con sus cada vez menos vivos colores. Y seguro que a *messer Mateo* no le importaría ver perder aquella obra de arte. Su insensibilidad y su poca fe eran de todos conocida. Seguro que ardería en el infierno...

Sor Inés despertó de sus pensamientos justo en ese momento en que empezaba a desvariar sobre el destino del pobre miserable. El crujir de la madera carcomida de los bancos retumbó en las cuatro paredes de la pequeña iglesia. Dio un respingo y se tapó la boca para no gritar.

Bien merecido se lo tenía, pensó tras recobrar la calma. Desde que era pequeña, en su palacio de Asís, siempre se asustaba por el más mínimo ruido. Había cosas que ni los hábitos podían cambiar. Pero una cosa era cierta, la Madre Clara ponía a todo el mundo en su sitio, consciente o inconscientemente.

Siendo positiva, como siempre era sor Inés, se dio cuenta de que había conseguido algo bueno con el susto, pues

había hecho reaccionar a su cuerpo congelado y había entrado ligeramente en calor.

La Madre Clara levantó el rostro y se quedó mirando a sor Inés. A la pequeña y petulante monja se le olvidaron de pronto todas las elucubraciones sobre *messer* Mateo y sus goteras sin arreglar, el frío y los frescos del altar. Su amada hermana siempre había tenido un semblante serio, elegante y profundo pero el viejo y raído hábito acentuaba mucho más la solemnidad de su gesto. Nadie, en todos los largos años que llevaban viviendo en aquel pequeño rincón del mundo, había conseguido que la Madre Clara llevara un hábito en condiciones. Siempre que tenía uno suave y confortable se lo daba a la hermana más pobre del convento. Siempre vistiendo ropajes harapientos, ásperos e incomodísimos. Y, aun así, la Madre Clara había irradiado siempre una fuerza, una luz, que nunca había podido explicar. Se había cumplido, sin lugar a dudas, la visión de su madre poco antes de ella nacer...

—Aún estás aquí —La Madre Clara sonrió cariñosamente a sor Inés y se acercó a ella para que la ayudara a caminar apoyándose en su brazo. Se llevaban unos escasos cuatro años pero la rigidez de la vida de oración y penitencia con la que castigaba a su cuerpo privándolo de descanso y alimento, habían hecho de la fundadora de San Damián, a sus cuarenta y dos años, una verdadera anciana. Una anciana de cuerpo, pues su mente y voluntad eran más fuertes que las de todas sus hermanas damianitas juntas.

—Os estaba esperando, madre. En el locutorio aguarda una mujer que dice traer un mensaje para ti.

Las dos monjas caminaban de la mano, lentamente, por el pasillo central de la pequeña capilla. Tras el sofoco del susto, sor Inés había vuelto a sentir el frío insufrible de la mañana y su cuerpo empezaba a tiritar. La gélida humedad de aquellos muros se había impregnado en su cuerpo como una segunda piel.

—¿Y qué puede ser tan importante que solo quiera decirme a mí? No tengo nada en contra de esa pobre niña que se debe estar helando en nuestro poco apacible locutorio pero a menos que me traiga la aprobación del Papa de mi regla para San Damián, poco más me puede importar ya de lo que suceda más allá de estos muros.

Sor Inés continuó caminando intentando controlar el movimiento de su cuerpo cada vez más helado y buscando una buena razón para convencer a la Madre Clara de que debía acudir al locutorio a hablar con la joven que allí esperaba. Salieron lentamente de la iglesia. El tenue sol matinal consoló los fríos pómulos de sor Inés, doloridos por el movimiento sincopado de su mandíbula tiritando. Nunca había soportado el frío, era superior a ella. Pero al menos le quedaba el consuelo que aquel sufrimiento era su auténtica penitencia. Pagaba así por todos los pecados que no había podido dejar en su mundana vida de Asís... Era una suerte de indulgencia que, había que reconocerlo, no llevaba demasiado bien. La Madre Clara, sin embargo, parecía ajena a las adversidades del frío invierno de Umbría. Verdaderamente no pertenecía a este siglo. Su existencia estaba más allá de cualquier inconveniente provocado por el mundo físico. Su cuerpo era un pequeño detalle que molestaba ligeramente a su alma impasible y rebosante de fe. ¿Cómo lo hacía? Era impactante su fortaleza, algo que, sin duda, había atraído a sor Inés y muchas otras jóvenes de las ciudades umbras a seguirla en su particular misión. Atraía como el calor del sol en una helada mañana, era una verdadera luz, como afirmó la voz que un día oyó su madre llevándola a ella en su seno.

Sor Inés, consolada en parte por el calor del sol, volvió a pensar en la joven del locutorio. La había reconocido nada más verla, aunque su rostro estuviera deformado por la densa red de hierros forjados de la verja. Era un rostro del pasado, aunque no hubiera formado parte de sus vidas. Sabía que su hermana Clara debía hablar con aquella niña.

Necesitaba su consuelo y su paz. Pero sor Inés sabía también que si no venía para quedarse, poco tiempo le iba a dedicar.

La Madre Clara caminaba lentamente pero no temblaba. El frío no era problema para ella ni para las viejas y agujereadas telas que cubrían su cuerpo. Pero la falta de alimento y los constantes dolores y enfermedades que la acuciaban como pequeños demonios molestando su ser incorruptible con constante insistencia, limitaban irremediablemente la movilidad de un cuerpo cansado.

—Madre —sor Inés detuvo el paso e intentó que su voz sonara solemne, algo que, al lado de su hermana era difícil de conseguir— esa muchacha dice que viene a traeros un mensaje de su vida anterior. Que es de vital importancia para ella que al menos recojáis la carta que viene a traeros.

Su vida anterior. La Madre Clara miró con tristeza a sor Inés. Es necesario morir para resucitar en Cristo. Hacía mucho tiempo que había muerto en su vida anterior, dejando atrás a muchos seres queridos en un gran sacrificio de amor y dedicación a Dios. Una muerte dolorosa pero necesaria para cumplir con los designios divinos traídos de la mano de aquel hermano Francisco, tocado también por la mano del Altísimo. Con el paso de los años, los tiempos pasados, los rostros que la habían llenado, se habían ido difuminando y deteriorando en su mente. Igual que el tiempo erosiona los relieves de las antiguas catedrales, así su memoria desdibujaba a aquellos que vivieron con ella. A pesar de haberlos querido con gran cariño y sincero amor. Pero había tenido que dejarlos por un amor más grande y sublime. Un amor que algunos de los que la conocieron no entendieron nunca, demasiado aferrados al amor por lo tangible, por lo físico. Nunca los culpó por ello, pero nunca compartió ese deseo. Fue por ello incomprendida y relegada, maltratada y vilipendiada, sin ningún éxito por parte de aquellos que quisieron doblar una espada de acero tan bien forjada. La Madre Clara había olvidado que un día fue una ni-

ña, una niña extraña a los ojos de los demás, una niña callada, taciturna, escondida en la oración, pero amada y querida por todos. Una pequeña dama de la alta nobleza italiana destinada por su alcurnia a colmar de orgullo a su familia con un matrimonio ventajoso para todos, menos para ella. Una niña que se convirtió en joven, en una bellísima joven, una belleza que nunca deseó y siempre quiso ocultar. Esfuerzo vano pues todos sabían que Clara, la hija primera de la casa de Offreduccio, era la más bella de todas las que en Asís vivían. ¿Por qué Dios le había dado ese aspecto, si para ella tenía destinado otros caminos, alejados del deleite físico? Quizás para ponerle más pruebas en su camino, convertirla en una nueva manzana, en un fruto de deseo que nadie en la vida podría tomar. Si hubiera sido vulgar, más fácil lo habría tenido. Hasta tres matrimonios había urdido su tío Monaldo, aquel despreciable ser del que no tuvo pena de separarse y por el que continuaba rezando cada día, a pesar de todo el dolor que había traído a su familia.

—Acompáñame, hermana. Vamos a ver quién es.

Sor Inés volvió a emprender la marcha con una ligera sonrisa de satisfacción en el rostro. Los rayos del sol continuaron consolando su cuerpo congelado en el breve camino por el destartalado jardín de San Damián. Algunas de las hermanas ya estaban trabajando en silencio arrancando las malas hierbas y sembrando algunas verduras y hortalizas que servirían para el sobrio sustento alimentario de la comunidad. Las pocas y escuálidas gallinas que daban algún que otro huevo para alegrar las viejas escudillas de madera que conformaban el escueto ajuar de San Damián, paseaban cansinas por entre las monjas en busca de algo que llevarse al pico. La tierra del suelo aún estaba fría y húmeda y con el lento caminar de la Madre Clara el helor tenía tiempo de atravesar las finas suelas de las sandalias de sor Inés. Así que el calor que sentía en su rostro no pudo consolar el frío de sus pies. Las sandalias de madera cogidas con dos tiras de cuero que rozaban constantemente la piel dolorida

y magullada hacían las veces de cilicio involuntario. Nada tenían que ver con las confortables botas de piel acolchadas por finas medias de lana que protegían sus pies de las inclemencias del tiempo cuando era una bella dama noble de Asís. Una nube inoportuna se colocó entre ella y el poco calor que emanaba del sol así que, inconscientemente se acercó al cuerpo de su hermana en un vano intento de conseguir un poco más de calor.

—Poco calor te dará mi enjuta persona —le dijo con una tierna sonrisa en los labios—. El frío siempre ha sido tu peor enemigo, mi querida hermana Inés, aun en el confortable salón del palacio de madre, con aquella chimenea siempre encendida y los tapices calentando las gélidas paredes, siempre estabas arrebujaada en una silla con una manta sobre tus frías piernas —Clara apretó con dulzura el brazo de su hermana quien le devolvió una tierna sonrisa.

—Nunca he podido ser tan fuerte como tú. Eres capaz de sobrellevar todas las penurias de este mundo sin que tu ánimo se vea alterado.

La Madre Clara volvió a sonreír.

—No soy tan fuerte, mi querida Inés. Sufro como todas vosotras. Pero lo hago con profunda alegría porque sé que así me acerco mucho más a Dios.

La pequeña nube se desplazó por fin dejando paso de nuevo al tímido sol de febrero. Sor Inés sintió un pequeño alivio en su piel al notar como el vetusto hábito que llevaba se calentaba ligeramente.

—¿Lo ves? —dijo Clara mirando al cielo— el Señor siempre escucha nuestras oraciones.

Gustosa se habría quedado en el huerto donde el sol empezaba a despertar a las pocas verduras que las hermanas cultivaban. La hermana María y la hermana Cristiana recogían con la espalda totalmente curvada las coles, zanahorias y judías que servirían para la frugal comida de ese día. Poco se comía en San Damián, y lo que llenaba los platos de arcilla, hechos por la mañosa hermana Julia, era gracias

al favor de aquella tierra ahogada por demasiada humedad en invierno y reseca por los calores en verano; a los escuálidos animales que se criaban en la pequeña granja más allá del edificio principal y que la hermana María cuidaba con excesivo celo; y por último, los regalos que los habitantes de Asís traían a menudo a las puertas de aquel mundo dedicado al culto a la pobreza. Regalos que debían pasar primero por las manos de la Madre Clara, quien decidía si eran demasiado ostentosos para la vida de pobreza que habían elegido vivir. Los donantes quedaban sorprendidos al ver como sus ofrendas eran devueltas o dadas a familias más pobres aún, si aquello era posible, de los alrededores de San Damián. Aun así, las gentes de la comarca seguían llevando telas, vajillas, capones, cerdos, gallinas, todo lo que se les ocurría esperando algo más que una bendición.

Sor Inés y la Madre Clara avanzaron dejando atrás a sor María y sor Cristiana, a sus hortalizas y el calor acogedor de la mañana. Avanzaban en silencio y lentamente pues la Madre Clara estaba excesivamente débil y sus movimientos eran incluso dolorosos. Sor Inés abrió la puerta de madera carcomida rompiendo con su chirriar el silencio de la estancia. Sor Inés notó el helor que salía de dentro de los muros. Otra vez a pasar frío. Seguiría haciendo penitencia.

Llegaron por fin al locutorio y se sentaron en unos taburetes de madera, también fríos, también chirriantes, en absoluto confortables, delante de la densa verja de hierros forjados y entrelazados. Tan bien tejidos estaban que parecían de suave y maleable tela. Tan densos eran que dividían su mundo del siglo como si fuera un recio y sólido muro.

Las pequeñas teselas de luz que se dibujaban entre la forja, definían un mosaico que delimitaba con dificultad un rostro que permanecía silencioso al otro lado. Tras un breve instante que a sor Inés le pareció interminable y que, a buen seguro a aquella pobre muchacha que llevaba un rato largo esperando, todavía más, la Madre Clara habló.

—Ave María Purísima.